

Ocaso

Los cuervos lo confirmaron con su acre canto. Releí el papel y lo volví a meter en mi bolsillo. Subí al auto y emprendí un viaje lejos de la ciudad. En el camino hice una parada en el Puente de Larraga, el lugar donde la conocí. Bajé del coche para ver la elusiva puesta del sol. Arrebató mis ojos una pareja que se besaba con pasión. No pude evitar pensar en ella. En nosotros. Sin embargo, decidí continuar. En el momento en que subía al coche, la mujer interrumpió el beso y su delicado rostro quedó expuesto. Cerré la puerta. Encendí el motor. Ubiqué el automóvil frente a las vallas del puente. Saqué la pequeña tira de papel. Su nombre junto al de otro. La destrocé con mis manos. Entre lágrimas, con sus miradas puestas sobre mí, aceleré.